

III. GÉNERO, PODER Y POLÍTICA

Capítulo del libro: Género y Poder- Isabel Rauber

Enero de 2003

La concepción de género resulta enriquecedora de la concepción del poder porque la esclarece tanto en el sentido de su deconstrucción como en su transformación-reconstrucción y, por ello, enriquece también la noción, significación y alcance de la propuesta y la práctica de construcción de poder desde abajo, como camino hoy de oposición al actual (viejo) poder y construcción del nuevo¹. La enriquece porque esclarece elementos de la cultura de dominación y los mecanismos y vías por las que se ejerce la subordinación discriminante de las mujeres en cada sociedad, y porque avanza algunos elementos cuya incorporación es necesaria para realizar un proceso de construcción de poder realmente democratizador desde abajo y desde la vida cotidiana, específicamente, buscando transformar articulada y simultáneamente las relaciones sociales de opresión y explotación y las relaciones hombre-mujer desde el interior de la familia, en el barrio, en el trabajo, en la organización vecinal o sindical, en el partido, en el movimiento de mujeres, etc. Y este es uno de los principales aportes del enfoque de género a la política: su redimensionamiento de la política, de lo político y del poder.

Al analizar "de esta forma [enfoque de género] la opresión de la mujer, lo que había sido mantenido como privado se hace político, y al hacerlo impacta a la sociedad en dos niveles: por un lado, porque pone nuevos temas en el debate y evidencia su contenido político, y por otro, porque politiza lo privado y devela que dentro de las relaciones personales encubiertas y justificadas por amor, afecto y entrega hay relaciones terribles de poder entre los sexos."²

Si algo demuestra el enfoque de género es que, precisamente, los límites entre el mundo público y el privado son culturales, creados uno según las necesidades del otro, y que no va a haber una verdadera democratización del mundo público si se mantienen intactas las relaciones hombre-mujer en el mundo privado, y si se mantiene, en general, la subordinación de lo privado por lo público. Porque: -"La democracia sólo para hombres es tan bárbara y tan incompleta como lo fue la democracia griega, basada en la igualdad de derechos entre los miembros de

¹ Así lo reconoce, por ejemplo, la CEPAL, cuando en su informe para naciones Unidas, señala: "El análisis desde la perspectiva de la participación de las mujeres ilumina muchos otros movimientos sociales, cambios culturales, incorporación de los marginados, ampliación de la ciudadanía, nueva relación entre lo privado y lo público, relación con el poder, democracia." Naciones Unidas, *Mujer y Política en América latina y el Caribe*. Santiago de Chile, 1989, p. 6.

² Virginia Vargas Valente. "Feminismo: el poder como acción transformadora." Centro "Flora Tristán", Lima, S/F. Texto mimeografiado, p. 4.

una pequeña aristocracia, y en la ausencia completa de derechos para las grandes masas populares.

- "No hay ni puede haber democracia en donde las mujeres no tienen los mismos derechos del hombre y en donde, en consecuencia, la vida social en todos sus aspectos no está constituida y dirigida por hombres y mujeres sin distinción.

- "(...) Sin las mujeres no hay democracia. Sin democracia no hay progreso del pueblo. Sin democracia no hay sentido profundo de la patria."³ El enfoque de género resulta enriquecedor de los procesos de transformación social, por sustentar y proponer una profundización inexcusable de la democracia (en la práctica y en su contenido político-social), más allá de los linderos de la política estatal o en torno el Estado, porque lleva (plantea, propone, extiende) la democracia (y, con ella, lo político y el poder) al nivel de las relaciones personales fuera y dentro del hogar.

Esto alude a cuatro elementos importantes a tener en cuenta:

- El poder no es sólo político sino también económico, social, cultural, moral, religioso. Y en estos campos, los procesos de tomas de decisiones son más complejos y menos transparentes que en la actividad política (y por eso parecen también menos políticos o no políticos).

- El mundo de lo privado es parte del político (aunque más no sea como condición de su existencia) y como tal, susceptible de convertirse en político.

- Las luchas por la democratización de las sociedades, para ser verdaderamente populares, equitativas y revolucionarias, deben incorporar la democratización de las relaciones hombre-mujer en lo público y en lo privado. En consecuencia:

- Las luchas de las mujeres en contra de su discriminación y marginación no son exclusivas de las mujeres, atañen a hombres y mujeres, a la democratización de toda la sociedad. Y como esto supone una transformación radical del poder es, a la vez que una reivindicación sectorial, una lucha política.

Todo esto modifica -ampliando- aún más el significado, contenido y alcance de la acción política, además de sus actores sociales. Los nuevos actores y las nuevas actoras al incorporarse al mundo político, no lo hacen sólo como número, como fuerza, sino que incorporan a él también sus intereses, puntos de vista y necesidades, su visión de la realidad en que viven y su conciencia política. Esto, por una parte, rompe con la idea de que la práctica política corresponde sólo a especialistas o a partidos políticos.⁴ Por otra, y quizá la más importante de su

³ Vicente Lombardo Toledano. *Sin mujeres no hay democracia*. Ediciones del Partido Popular Socialista. México, 1984, pp. 11-18.

⁴ Asumir lo político y la política con sentido amplio y popular supone reconsiderar lo que se entiende por escena política, tradicionalmente entendida como el campo de *acción abierta* de las fuerzas sociales mediante

incorporación, es que, precisamente con ella, le imprimen un nuevo contenido - más complejo- a la política y a la acción política, sacándola del ámbito de la lucha por el poder del Estado y llevándola a los otros ámbitos de la vida social (sindicatos, pobladores, mujeres, ecología, familia, etc.).

su representación en partidos. Si se toma en consideración que la "reducción, congelamiento o anulación de la escena política no disuelve como por arte de magia ni el campo de la dominación ni la existencia de oposiciones, desplazamientos y asimetrías entre las fuerzas sociales", y que "la desaparición de los partidos no supone, pues, la desaparición de lo político y de la política", resulta evidente que la escena política comprende al conjunto de fuerzas sociales actuantes en el campo de la acción política en un momento dado, independientemente de que éstas se hallen organizadas o no en estructuras político-partidarias. Respetando todo lo que son o puedan llegar a ser las opciones partidarias, la participación política de la ciudadanía, de hecho, reclama la incorporación de los diversos actores a una discusión y a un escenario más amplio que el de los partidos. La ampliación y el estrechamiento de los vínculos entre lo reivindicativo y lo político, entre las luchas reivindicativas y las luchas políticas, borra necesariamente las divisiones absolutas entre los actores de esas luchas, y produce en consecuencia una diversificación de actores políticos.

Estos no pueden restringirse a los partidos, movimientos, frentes o coaliciones políticas de izquierda; ello indicaría un contrasentido en relación con la amplitud y el carácter de las luchas reivindicativas organizadas y llevadas a cabo por los otros actores -considerados entonces exclusivamente sociales-, a quienes se les reconocería capacidad para organizar, orientar y dirigir a los sectores populares en las confrontaciones reivindicativo-políticas pero no para intervenir en el terreno considerado propiamente político.

Esta interpretación resulta hoy indefendible; sostenerla implica suponer que existen gradaciones de sujetos: aquellos que están pero aún no saben para qué (aportan sólo en número: los marginales, la pequeña burguesía vacilante...), los que están pero solo saben a medias para qué, porque son incapaces de trascender el horizonte reivindicativo inmediato (si no podrían llegar también a estar entre los de avanzada: los movimientos sociales, barriales, sindicales estudiantiles, de mujeres, cristianos, etc.), y los que están y son capaces no sólo de captar el conjunto de los problemas y las vías para solucionarlos sino también de guiar a los demás -en este caso está bien dicho- atrás de ellos: los partidos de izquierda (de la clase obrera, marxistas leninistas, etc.), tradicionalmente autoconsiderados vanguardia.

Si se entiende por actores políticos a todos aquellos actores sociales capaces de organizarse con carácter permanente, definir objetivos de corto, mediano y largo plazo y proyectarse hacia la transformación de la sociedad, desarrollando procesos continuos de lucha y, simultáneamente, la conciencia política popular, entonces puede considerarse como tales a una amplia gama de organizaciones barriales, sindicales, campesinas, indígenas, de mujeres, religiosas, etc. La multiplicación de actores sociales y la incursión de éstos en todas las esferas de la vida social, indica que no existe una radical diferenciación entre actores sociales y políticos. Los actores son en realidad sociopolíticos, ya que las actividades de todo actor social tienen un contenido político, y viceversa. La distinción conceptual entre actores sociales y políticos no alude a la existencia de dos tipos de actores; responde, fundamentalmente, a una necesidad gnoseológica para el estudio del movimiento social y el comportamiento y proyección de los diversos actores que lo conforman y se generan, desarrollan o disuelven en él.

Ya no puede pensarse en los movimientos sindicales, barriales, de mujeres y otros, como "soportes" de políticas elaboradas por los partidos de izquierda, tradicionalmente considerados vanguardia. La actividad política y los actores que la llevan a cabo no puede definirse fuera del terreno en el que la actividad se desarrolla ni al margen de sus protagonistas. Ver: Isabel Rauber. *Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular*, Ediciones UMA, Buenos Aires, 1997, pp. 7, 8, 23, 30-32.

El espacio de la acción política, de lo político, incluye el ámbito de la vida cotidiana de la población, está presente en cada paso que ésta da para modificar su forma de vida o defender las fuentes de trabajo, en las luchas contra las privatizaciones y las leyes de flexibilización laboral, en las luchas de los jubilados y pensionados, en los reclamos de los movimientos ecológicos, en las luchas de las mujeres, en la resistencia de los pueblos indígenas y en las luchas por el respeto a sus derechos y a su identidad como pueblos originarios, en las luchas por la sobrevivencia de las grandes poblaciones marginadas urbanas, etc. Quizá los actores sociales no siempre sean conscientes de ello, pero ese es otro aspecto del problema. El primero es reconocer la interpenetración que se da actualmente entre lo político y lo reivindicativo, el carácter político de las luchas reivindicativas, los nexos y puentes cada vez más visibles y estables que se tienden entre ambos aspectos de una misma lucha, de una misma búsqueda, de un mismo afán de construcción de poder popular.

Para gran parte de los sectores populares que luchan e impulsan actualmente la búsqueda de alternativas propias, como ocurre, por ejemplo, con algunos movimientos barriales y campesinos y con sectores del movimiento sindical, de mujeres, ecologistas, indígenas, etc., resulta claro que la lucha política no puede concebirse ni desarrollarse separada de la lucha reivindicativa y viceversa. Resulta claro también, para ellos, que la lucha reivindicativa tiene actualmente un profundo carácter y contenido político⁵; Este doble carácter de las luchas reivindicativas populares es todavía poco aceptado por sectores de la izquierda latinoamericana y esto se traduce en una dificultad práctico-política a la hora de la convivencia política al interior del movimiento popular. Algunos sectores u organizaciones sociales populares sostienen posiciones de rechazo y separación de lo político y las luchas políticas de los ámbitos de las luchas sociales, reduciéndolas a lo exclusivamente reivindicativo. Tienen un discurso agresivo respecto a la política, a los partidos políticos y los políticos sin distinción. Dejándose llevar por el magnetismo de las políticas de dominación, identifican a todo el mundo político como corrupto y traidor de los intereses y necesidades populares, y proponen o alientan el rechazo a todo lo que sea política o político por parte de los sectores populares. Como señala Víctor De Gennaro: "(...) es lo más nefasto que intentó dejarnos en la cabeza, culturalmente, el terrorismo de Estado: que los sectores sociales, las organizaciones sociales, el hombre, en sus distintas actividades, no hace política. Siempre hace política; siempre que trata de llevar adelante un proyecto de vida, un proyecto para la comunidad, para él o para su sector. Lo que hay que hacer es legalizarlo. Todos los sectores hacemos

⁵ No son dos luchas separadas, sino partes, elementos, niveles de una misma: de la lucha reivindicativo-política, es decir, de la lucha contra las estructuras, los mecanismos, los medios, los valores y la cultura del poder de dominación.

política; reivindicamos ese patrimonio." Tomado de: Profetas del Cambio, Pasado y Presente, La Habana, 1997.

Las luchas reivindicativas, que son necesariamente un enlace de lo cotidiano con lo político, representan en sí una base, una posibilidad y un camino para el desarrollo de la conciencia política. Y las mujeres podemos aportar una manera distinta de construir en lo social-político, hacia una nueva alternativa, esforzándonos en imprimirle – transversalmente- nuestras miradas a lo económico, político, cultural. Y no me limito a mujeres obreras ni trabajadoras en general; es con sello de clase, pero necesita –precisamente por ello- incorporar las reflexiones y planteamientos de las amplias mayorías de mujeres, sobre todo, aquellas organizadas en los distintos movimientos sociales de mujeres que luchan y construyen día a día sus derechos. Nuestro modo diferente de ver y analizar la realidad lo atraviesa todo, y puede aportar mucho a la política y a la elaboración de las nuevas propuestas, aunque sabemos que todavía es difícil lograrlo a plenitud.

Si por política se entiende "(...) al espacio en el se realizan las prácticas políticas (...), la política es básicamente un espacio de acumulación de fuerzas propias y de destrucción o neutralización de las del adversario con vistas a alcanzar metas estratégicas."⁶ Práctica política, por tanto, es aquella que tiene como objetivo la destrucción, neutralización o consolidación de la estructura del poder, los medios y modos de dominación, o sea, lo político.⁷

Si toda acción de transformación de las relaciones de poder allí donde éstas se den es una acción política, los temas referidos a la sexualidad, la violencia contra las mujeres, las relaciones padres e hijos y hombre mujer, y, en general de organización de la vida cotidiana, pasarán a tener una importancia fundamental en la dimensión y acción política futura.

LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES NO ES SOLO UN DERECHO, ES UNA NECESIDAD

Hoy, estos temas se abordan de alguna manera a través de las llamadas "secretarías de la mujer" existentes en la mayoría de las organizaciones reivindicativas y políticas, o en alguna instancia con un nombre relativo a los "asuntos de mujeres". Pero, como dice María Luisa Fontinelle: La Secretaría de la Mujer, muchas veces, sólo define un espacio donde la cuestión es tratada. Por ejemplo, la cuestión del aborto, las creches, la esterilización, la violencia contra las mujeres... Pero esos son "asuntos de las mujeres" y por tanto se los separa del

⁶ Gallardo, Helio, *Elementos de Política en América Latina*. Editorial DEI, San José, 1989. Págs. 102-103.

⁷ María Antonieta Saa. **Op. cit.**

conjunto de los problemas. Y eso crea una gran dificultad para alcanzar esa dimensión de totalidad que nosotras queremos conseguir.

"Los departamentos femeninos muchas veces, a pesar de los esfuerzos que se han hecho, quedan convertidos en "ghettos" y las políticas que las mujeres allí delinean, no pasan a ser políticas adoptadas por la totalidad del partido." Por eso, algunas organizaciones han optado por no tener un sector femenino, al que consideran discriminatorio, como dice Remedios Loza: Nosotros, en el partido, no tenemos sector femenino, porque eso también es discriminar: las mujeres ahí con sus cosas que se entiendan, que se peleen. No. Aquí, hombres y mujeres estamos en todos los campos y si yo me voy a dirigir a un sector no voy únicamente a hablar con las mujeres, sino que tengo que hablar con todos los del partido, hombres y mujeres.

Todo esto, en el fondo, conduce a reafirmar más el bien manipulado hábito inculcado a las mujeres por todos los medios, de rechazo a la política, conduce a reforzar su sentimiento de ajenidad. Los caminos para enfrentar esto han sido y son variados. En gran medida lo acertado o no de sus rumbos está en dependencia de cómo se profundice en la reflexión acerca de la relación entre género y poder, y en la capacidad para incorporar la problemática de género como un asunto fundamental de la democratización de toda la sociedad y no sólo como un asunto "de las mujeres". Aunque -considerando que somos la mitad o un poco más a veces, de los habitantes del planeta-, incluso si fuera un asunto sólo de mujeres, sería importante su incorporación al debate y a las propuestas sobre la democracia en nuestras sociedades, con igual centralidad que otros problemas sociales. Parece que hay que recordar siempre que cualquiera de ellos comprende a las mujeres quienes, dentro de cada problema, resultan doblemente afectadas: por el problema y por los maridos, padres, hermanos, religiosos o compañeros del problema.

La participación de las mujeres tiene que darse a todos los niveles, en lo "(...) económico social, científico, tecnológico e inclusive en la planificación de las políticas de desarrollo tan importante para el avance de nuestros países. La democracia adquiere así un sentido básico de derecho a la vida, a una vida diferente, a una vida donde no solamente haya bienestar, sino donde haya posibilidades de desarrollar la igualdad de los seres humanos, respetando la posibilidad de ser diferentes."⁸

"La toma de decisiones sobre estos temas es concretada por los hombres y traducen sus puntos de vista, sus intereses, sus necesidades y no pueden

⁸ Alya Saada. En: *Mujer, Política y Democracia*. Fundación Mujer y Sociedad. Ediciones Ciudad. Ecuador, 1990, p. 3.

representar la visión de las mujeres. (...) las mujeres viven una situación particular que es la de ser amas de casa, trabajadoras, por ello sus necesidades prioritarias son distintas a las de los hombres. Es por eso que la participación de la mujer en la vida política, es necesariamente subversiva porque concierne al fundamento mismo de la sociedad, a la vida social, la vida de la familia, los roles tradicionales del hombre y de la mujer, las reparticiones de carga en el seno familiar."⁹

Si la política y lo político no se restringe a los partidos políticos, a los políticos tradicionales ni al ámbito tradicional que la vincula directamente con el poder estatal, la incorporación de las mujeres a la vida política no se circunscribe a su incorporación a los partidos tradicionales ni a integrar listas electorales. No digo que esto esté mal, al contrario, es un paso muy importante para la transformación del mundo público, pero no basta. "Se requiere que la responsabilidad del ámbito privado y las labores domésticas no sigan recayendo sólo sobre las mujeres y que la presunta inferioridad de esos papeles no se traslade a las labores públicas."¹⁰

Hasta ahora, sin embargo, no ha sido así, las mujeres que se integran plenamente al mundo público sufren las consecuencias casi inevitables de tener que asumir una doble, triple o cuádruple jornada. Este es el caso, por ejemplo, de una mujer que trabaja, integra un sindicato, tiene militancia política y, además, después de todo eso (o antes) tiene que resolver los quehaceres domésticos. Como señala Mary Sánchez: El peso de la cultura patriarcal en nuestra sociedad sigue siendo muy fuerte, muy fuerte. Porque, salvo excepciones, incluso en el caso de compartir una militancia, una actividad concreta como puede ser el gremialismo, cuando los dos llegan a la casa la mujer es la que sigue haciendo las cosas de la casa; el compartir todo, aun con el compañero más desarrollado políticamente, es muy difícil. Y eso se ve claramente en el ámbito familiar.

Así le ocurría, por ejemplo, a Benedicta Da Silva, según ella lo recuerda: Hay una cosa muy interesante con mi segundo marido, salíamos, hacíamos un discurso, hablábamos, hacíamos todo y cuando llegábamos a la casa, él cogía y encendía la televisión, abría la ducha para tomar un baño, luego tomaba el diario y yo iba para la cocina y preparaba la comida. Llegábamos al mismo tiempo, trabajábamos juntos, más aquella tarea era mía. Yo tenía que ir y darle la comida. Ese era el papel, el "gran papel" de esposa: ¡darle la comida!

⁹ *Idem*, pp. 21-22

¹⁰ Socorro Ramírez, "¿Qué impide la participación política de las mujeres?", *FEMPRESS* N° 151, Santiago de Chile, mayo 1994, p. 9

La sobrecarga doméstica afecta no solo a la mujer sino también a su familia, y tiende a alejar a las mujeres de la militancia sindical, política, etc. "La crianza de los hijos, la atención al marido y al hogar, o las labores domésticas que se les exigen a las hijas jóvenes, vertebran el tiempo de la mujer como contrapuesto al tiempo de la política, que la mayor parte de las veces demanda una actividad full time. Este ordenamiento de las relaciones intra partidistas se sustenta en una concepción ideológica irreal de corte machista."¹¹

Las mujeres que se integran al mundo político, en particular, pagan un alto precio por ello, ya que, si hay un terreno considerado masculino por excelencia, ese es el de la política. Las atrevidas sufren las consecuencias de su atrevimiento. En Ecuador, tuve oportunidad de conocer a Dolores Pinto Ortega, una aguerrida dirigente barrial de Guayaquil, y militante de un partido de izquierda, que tuvo que enfrentar a su marido para trasponer la puerta de su casa. Cuando conversamos sobre esto, le pregunté:

-¿Cómo te fuiste dando cuenta de los problemas sociales...?

Dolores Pinto: Fue la misma necesidad del sector. Yo recuerdo que todo empezó por mi integración con otras mujeres del vecindario. Resulta que María comenzó a conseguir cursos de capacitación, por ejemplo, te daba Corte, te daba manualidades y algunas otras cosas. Yo asistía escondida de mi marido.

-¿Por qué escondida?

Dolores Pinto: Mira, yo era del interior, de Manabí, y desde que me comprometí con él estuve metida dentro de la casa. Me dedicaba a mis hijos y al hogar, nada más. María me hizo despertar. Cuando mi marido se iba al trabajo, yo me iba a los cursos, escondida. Como él llegaba en la noche, no se enteraba de nada. Un día llegó temprano y como no me encontró les dijo a los hijos: "¿Dónde está mamá?" "Está con la señora María, le dijeron. Hay un curso y fue a aprender." Y allá fue mi marido a insultarme y sacarme hasta de los cabezones...

-¿De los cabezones?

Dolores Pinto: De los pelos... (ríe). Me arrastraba desde la casa de María hasta la mía. Está cerca, claro...

No quería que estudie, y, sin embargo, aunque él me pegaba, al siguiente día yo volvía a ir a mis clases. Así fue hasta que él se fue adaptando.

-Tu lucha, al inicio, era rebelarte y estudiar...

¹¹ Maritza Villavicencio. **Op. cit.**

Dolores Pinto: Sí. Primero me rebelé a mi marido y después ante las cosas injustas. Luché por la participación de todos, y así hemos luchado y hemos conseguido resultados.

En otros casos, por miedo al rechazo masculino o buscando su reconocimiento, algunas mujeres asumen conductas y valores masculinos buscando la aprobación de los hombres e intentando demostrar por esa vía que valen "tanto como un hombre", o sea, se adaptan al medio. Otras sufren el rechazo y no se sobreponen. Y otras aprenden a enfrentarse a ese medio sin dejar de ser mujeres; crean nuevas formas de ejercer la dirección, con autoridad pero sin autoritarismo; humanizan (feminizan) la política; se capacitan como profesionales y aprenden a sobrevivir en medio de una fuerte competencia que le imponen fundamentalmente los hombres de ese medio, pero también las mujeres, compañeras de partido, de trabajo o, sencillamente, amigas, familiares, o vecinas, cautivas de la cultura patriarcal-machista que, por diversas causas, se suman insolidariamente al coro y a los mecanismos de castigo a las transgresoras.

Resulta interesante enriquecer este tema con los testimonios de algunas mujeres latinoamericanas cuyas experiencias contribuyen, sin dudas, a denunciar no solo esta situación, sino -y esto es lo más interesante- a encontrar caminos para sobreponerse a esas u otras situaciones discriminatorias. Las murallas que tuvieron que derribar y las salidas ingeniosas que se vieron obligadas a crear para salir adelante, ayudan a responder más acertadamente las interrogantes acerca de cómo actuar en esos casos.

CLAVES FEMINISTAS PARA LIDERAZGOS ENTRAÑABLES

MARCELA LAGARDE

Capítulos y subcapítulos de la obra

1999

Capitulo III- El conocimiento como precondition de poderío

El género en su conjunto tiene la necesidad de que cada mujer tenga formación; es parte de nuestro interés político y de nuestra agenda política. No podemos asumir la fatalidad de que se vale la vida sin formación, aunque nos cuenten que la gente sobrevive con estrategias extraordinarias. La verdad es, no. Muchas malviven, no sobreviven. En nuestra ideología tenemos que revisar toda esa ignorancia, la de las otras y la propia. Por ejemplo, decir que no he tenido tiempo de revisar en dos años los acuerdos sobre el tema que yo trabajo, ¡cómo es posible!

Resulta que somos letradas, preparadas, formadas, pero somos analfabetas contemporáneas en el tema que trabajamos. Hay distintos tipos de analfabetismo como bien saben quienes trabajan en ese aspecto. Necesitamos estudiar sobre todo lo que otras mujeres producen sobre nuestro mismo campo, porque a veces leemos otras cosas y lo que hacen las cercanas no nos llega, no lo leemos. Hay un analfabetismo, una ceguera, una obstinación por mantenernos ignorantes. La formación de las lideresas es una prioridad fundamental junto con la de los procesos de empoderamiento. Lo digo a la inversa: empoderarnos pasa por formarnos; somos mujeres del siglo XX, de la modernidad, no del siglo XIII o XIV, y la modernidad tiene una característica muy importante, el valor del desarrollo del conocimiento. Nosotras necesitamos acceder al conocimiento positivamente, no estar peleadas con el conocimiento.

El empoderamiento, palabra que viene del inglés *empowerment*, es el conjunto de procesos a través de los cuales cada quien integra como parte de su vida recursos, bienes y derechos conseguidos como poderes. Empoderarse es una acción continua en el tiempo, no es algo que sucede en el momento; es hacerse de los recursos del mundo para la propia vida, apropiarse. La clave está en que pasan de ser recursos externos a ser recursos propios, que la persona internalice los recursos, los bienes, los derechos y los poderes, y los utilice para vivir.

Mucha gente cree que empoderarse es hablar fuerte, estar muy enojadas, ser muy duras, hoscas u hostiles, o muy contestatarias; la verdad es que depende del proceso de cada quien para definir en que consiste el empoderamiento de las personas. Como género lo he puesto en cuatro vertientes: bienes, recursos, derechos y poderes, porque de antemano sé que la opresión de género contra las mujeres se ha basado en la expropiación de recursos y bienes a las mujeres, de cualquier tipo hasta los producidos por las propias mujeres. También sabemos que la opresión patriarcal de las mujeres se ha basado en la sumatoria de poderes

de dominio y la limitación de unos cuantos poderes para ellas, entonces también hay una expropiación política.

Los rangos del empoderamiento tienen que ver con los de la expropiación patriarcal a las mujeres según las épocas, las circunstancias, las clases sociales. Al identificar lo que se expropia a las mujeres podemos emprender acciones para lograr su empoderamiento. A veces ocurre que se tiene un recurso y no se usa como un bien, mientras no se utiliza con fines de transformación en un sentido de empoderamiento, no es un bien. Por eso, una clave importante es aprender a transformar los recursos en bienes. Por ejemplo, puedo tener el aire como recurso y no estar consciente de ello, salvo si vivo en la ciudad de México y tengo una contaminación de 200 puntos y meca, ahí sí desarrollo una conciencia pulmonar del recurso.

Ahora, llego a este cielo magnífico y para entonces se convierte en un recurso, en un bien. No es lo mismo tener recursos que bienes, como tampoco es lo mismo tener derechos que poderes. Pero en la visión del empoderamiento están articulados todos: los recursos, los derechos, los bienes y los poderes; eso significa que no queremos tener recursos sin derechos, derechos sin bienes, o todo lo demás sin poderes. Es una propuesta política compleja. Empoderarnos es transformarnos desde el punto de vista de nuestra configuración política, ese es el sentido de los poderes para la vida. Y es una visión compleja porque es una estrategia política y una elaboración contemporánea importante de las feministas. Las feministas de principios de siglo creían que bastaba con tener derechos: votar, casarse con quien quisieran - ese fue uno de los derechos más peleados de las mujeres de principio de siglo -, ellas no pensaban en los recursos, en los poderes, ¿para qué querían poder? No deseaban ensuciarse las manos con ellos. Y las feministas de final de siglo y de principios de milenio heredamos toda esa tradición, pero la asumimos ampliándola.

Queremos derechos, pero esos no valen sin recursos, no queremos los recursos sin poderes. Empoderarse es una acción, no se puede decir empoderarte, porque el empoderamiento es parte de lo que queremos para las mujeres, permite construir algo que las mujeres todavía no tenemos: la individualidad de cada una. En la modernidad nosotras somos consideradas individuos sólo para ciertas cosas, especialmente para endilgarnos responsabilidades sociales. Pero no se nos considerada individuos para tener derechos. Entonces, para poder construir la individualidad de las mujeres nos proponemos la estrategia de su empoderamiento. Y, quiero repetir, nadie te empodera ni empoderamos a otras porque eso es puro asistencialismo, puro paternalismo, sustitucionalismo. El empoderamiento es un proceso que va de lo externo a lo interno, que requiere el conocimiento del mundo, que cada mujer se conozca a sí misma para usar los recursos que necesita y no otros, para que desarrolle intereses propios o para que asuma sus derechos internamente; todo eso es un proceso interno que nadie puede vivirle a una. La compañera más cercana en la vida tiene su propio proceso, su rollo; yo traigo el mío.

El empoderamiento no se pasa por ósmosis, no se contagia; puede estimularse mucho cuando interactuamos entre nosotras. Cuando compartimos y trabajamos positivamente con mujeres empoderadas podemos generar y alimentar el deseo del empoderamiento. Pero aunque nadie se empodera por una, el empoderamiento individual de género sólo se sustenta colectivamente.

Hay otras formas de empoderamiento que no se sustentan colectivamente, por ejemplo, el empoderamiento económico de empresa, el de clase y por genealogía. Pero cuando las mujeres tratamos de construir un uso de recursos con derechos y poderes sólo podemos hacerlo, si otras nos reconocen. El acceso a los recursos de género solamente se logra a través del colectivo de género. Necesitamos el reconocimiento de otras y el sustento de las demás; forma parte de los derechos colectivos contemporáneos. Los derechos colectivos contemporáneos no existen si no están sustentados socialmente, tampoco hay derechos individuales si no están sustentados jurídica, social y culturalmente. Hay una relación entre nosotras como individuos y los colectivos, las organizaciones, los espacios, el género en su conjunto. Para que una mujer tenga derechos tiene que haber un sustento de género de sus derechos. Empoderarse no es – como decimos en mexicano -, encabronarse, al contrario, mientras más nos empoderamos menos necesitamos los desplantes de la dominación. Eso es lo que se va eliminando en el proceso del empoderamiento cuando está relacionada con una perspectiva de género.

En la conciencia de ciudadanía todos los derechos implican co-responsabilidades sociales, la propuesta de fin de siglo es que para tener derechos hay que tener responsabilidades; pero el tipo de responsabilidades y en qué medida varía según las funciones. Con los hombres sucede lo mismo, comenzamos a atribuirles ciertas responsabilidades mínimas, por ejemplo, la responsabilidad que ellos tienen sobre su propia violencia, la que ejerce. Eso es una revolución, algo nuevo. Y algunos hombres han reaccionado muy bien. Están asumiendo qué tienen que ver ellos con la violencia, a trabajar su aporte.

Nos cuesta mucho enunciar responsabilidades y derechos porque pensamos como en transición; pensamos que al enunciar los derechos de las mujeres también necesitamos enunciar los derechos humanos de los hombres. En toda la teoría de los derechos humanos están enunciados los derechos de los hombres, pero son confundidos con derechos humanos universales; en la filosofía de la quinta generación de los derechos humanos hay derechos humanos de los hombres, pero se pretende que sean universales. Entonces, a lo mejor tenemos que caminar hacia la delimitación de la condición masculina como una de las condiciones humanas y no como la totalidad de la condición humana. Ese es un camino que deberían emprender algunos filósofos al igual que ya lo hicieron algunas filósofas.

Hemos caminado mucho para discernir que la condición femenina ha sido invisibilizada, descalificada, o naturalizada y hemos hecho conciencia de la condición histórica de las mujeres como una condición específica que hemos definido para comprenderla como condición humana de las mujeres. En cambio los hombres, sobre identificados con lo patriarcal, no separan la condición masculina de la humana; para ellos es lo mismo.

Entonces es necesario realizar el proceso a la inversa, acotar qué es la condición masculina, nombrarla y definirla. En ese momento, los hombres, como seres humanos, nuestros semejantes en este universo, tienen derechos y responsabilidades distintos de los de ahora.

Fundar el liderazgo en la ética

Finalmente, la clave con la que quiero redondear esta parte es que necesitamos un sentido ético para los liderazgos, junto con la estética tiene que haber una ética. Y una ética es el conjunto de valores que proceden de nuestra filosofía. Requerimos una ética para fundamentar los liderazgos de las mujeres, para construirlos, una ética para la acción política. Son varios niveles. Ahora bien, no es que construyamos valores para cada caso, sino que tengamos un puñado mínimo de ellos. Se trata de una ética minimalista en la que podamos confluir la mayoría de nosotras. Entonces, la ética del liderazgo femenino tendría que corresponder con la ética de la política de las mujeres. Hay muchas políticas en torno a las mujeres, con ellas y contra ellas; pero aquí nos ubicamos en una ética a favor de las mujeres con todos los elementos que mencioné antes: legítima, - es legítimo estar a favor de las mujeres - ; necesaria, es una necesidad. Además, estar a favor de las mujeres es una manera de impulsar sus avances; de eliminar, en parte, la contradicción interna de muchas de querer avanzar pero sin estar a favor de las mujeres. Es más, muchas de las que no vinieron tampoco están a favor de sí mismas. La ética feminista para el liderazgo de las mujeres necesita que cada mujer esté a favor de las mujeres, y también a favor de sí misma.

Las consecuencias políticas de este hecho son muy importantes porque necesitamos inventar las formas para que no sea antagónico estar a favor de una misma y a favor del género, o a la inversa. Que el estar a favor de las mujeres redunde en estar a favor de mí misma no siempre se logra, al contrario, muchas veces implica conflictos para cada mujer. Están claras las razones para luchar por la causa, pero no lo que tiene que ver conmigo, o a la inversa. Está claro que haciendo me promuevo, logro, avanzo, pero no me importa lo que pasa con las demás. A esa armonización, le llamamos conciencia feminista de género. Lograr equilibrar y ajustar el estar a favor de una misma, de la causa y además, a favor de otras mujeres, son tres niveles distintos de algo que he llamado "la sintonía de género". Estar a favor de mí misma, estar a favor de la causa de género como causa política, cultural, simbólica, pero también, estar a favor de las mujeres concretas.

A veces queremos que la causa de las mujeres avance, pero nos oponemos a las mujeres específicas; en otros casos, apoyamos a mujeres específicas, pero no estamos de acuerdo con el avance legal de las mujeres, o que haya políticas de género a favor de las mujeres. Las contradicciones de las mujeres contemporáneas son múltiples. Aprobamos una parte pero no aprobamos sus concepciones. La sintonía de género es la posibilidad de estar de acuerdo con, a favor de. Es una posición política que redunde en una estética, en desarrollar cada una la tendencia de estar a favor, desarrollar la sensibilidad para estar de acuerdo. Si cada una de nosotras logra desarrollar esa disposición subjetiva podemos entrar en sintonía con otras mujeres; sintonizamos entre nosotras, conmigo misma y con la causa. Es un estado subjetivo que se puede convertir en una forma de ser. Al principio cuesta trabajo y

pensamos que cómo vamos a hacer para estar de acuerdo o sintonizar, si lo que hemos aprendido es a no estar de acuerdo, a desentonar, a oponernos, a demostrar combatividad no estando de acuerdo. Es un viraje de 360 grados que debemos impulsar en la cultura política de las mujeres. Necesitamos impulsar la posibilidad de la concordia, con el corazón, del acuerdo afectivo.

Pero las modernas hemos aprendido a disentir ideológicamente y dejar para después la concordia o supeditar la concordia a la afinidad ideológica. En el proceso, comenzamos con hacer el viraje de ubicar la concordia por empatía de género, y luego buscamos el acuerdo intelectual, ideológico y de otro tipo. Este es un viraje de identidad en las mujeres y un cambio en la condición política de género fundamental que no depende de otros; cuando tengo el problema colocado en mi conciencia ya solamente depende de mí.

Necesitamos llevar a la conciencia de las lideresas la posibilidad de la concordia; que aparezca en sus conciencias como una posibilidad que a lo mejor no han visto, que no han percibido porque creían que sólo se podía ser discordante para ser afirmativa, entonces dependerá de cada una si opta por la concordia o sigue en la discordia. Para sintonizar necesitamos priorizar la concordia de género.

Liderazgos no autoritarios y honestos

En función del mundo en que vivimos, de lo que queremos y de lo que no queremos, necesitamos liderazgos que no sean autoritarios, y para eso tenemos que cultivar una rosa blanca y un poco de democracia. Debemos aprender a no ser autoritarias ni ejercer liderazgos autoritarios. Este tipo de liderazgos lastima a las mujeres y hacen retroceder su inserción.

No nos convienen los liderazgos abusivos. Además, no nos gustan y no los queremos. Liderazgos de abuso o para abusar son formas muy tradicionales de ejercer el poder y no queremos eso. Tampoco queremos liderazgos deshonestos. Ciertas ideologías afirman que las mujeres somos honestas así como que nos viene de las hormonas y no hay tal; lo que pasa es que muchas veces no hemos estado en condiciones de ser deshonestas, pero colocadas en ciertas posiciones la que no cae, resbala. Eso quiere decir que necesitamos cultivar una ética de la honestidad entre las mujeres y no ampararnos en una virtud sexual que no tenemos.

Quiero contarles que cuando hice mi investigación sobre los cautiverios de las mujeres, entre otras cosas estudié los delitos femeninos de las mujeres que estaban en las cárceles, y encontré que uno de los pocos delitos femeninos castigados con cárcel es la deshonestidad por sumisión a los hombres. Esas mujeres estaban purgando penas por fraude y, como antropóloga que soy, cuando analicé los casos a fondo, encontré historias de amores apasionados, de enamoramientos, de hombres que le pidieron a la gerente que hiciera algo, del que le pidió a la secretaria; ni siquiera robaban para ellas. Uno de estos casos es interesantísimo. Habían siete presos del *City Bank*, entre ellos una presa. En dos

años todos los hombres salieron libres. El fraude que hicieron fue muy grande y ella ni se benefició, pero entró a un juego deshonesto por amor. Era la amante de uno de los gerentes. Como ése podemos encontrarnos muchos ejemplos.

También hay lideresas que empiezan a manejar dinero sin tener experiencia. Una clave importante es formar a las lideresas como administradoras de recursos y concretamente, de dinero; que la lideresa más de base sepa hacer y rendir cuentas, que no haya quien la sustituya en eso, porque hasta ahora muchas de ellas son ayudadas por sus hombres a hacer las cuentas. Necesitamos que las lideresas sepan contabilidad. En pocas escuelas o cursos de liderazgos se enseña contabilidad aunque debería ser tan fundamental como saber el alfabeto. Necesitamos saber cómo se rinden informes financieros, cómo se piden créditos, cuándo se tienen que pagar.

Tratamos que en todos nuestros proyectos las mujeres tengan recursos económicos, pero no tenemos tradición de manejarlos, entonces tenemos que fortalecer ese campo para fortalecer también una ética de la honestidad.

Otros liderazgos que no son positivos para nosotras son los liderazgos jerarquizantes porque tienden a marcar jerarquías discriminatorias; éstos se combinan mucho con los heroicos. Quienes son heroicas muchas veces son prepotentes, jerarquizantes, y permanentemente se ponen de ejemplo, - las demás no sirven. Los liderazgos prepotentes y rivales no nos funcionan. Cuando pregunté, ¿quieren sangre?, lo dije porque en la cultura política estamos acostumbradas a la confrontación y a la rivalidad política, no específicamente de género. La cultura política en América Latina pasa por tal falta de democracia que no sabemos discutir o argumentar. Al contrario, pensamos que cuando la discusión estuvo dura y se agarraron de las greñas entonces estuvo buena.

Hace poco me entrevistaron para una revista española que se llama *Meridiana*. El tema era un debate entre dos grupos feministas de España. Era el tema de las feministas de la llamada diferencia y las feministas de la llamada desigualdad – por cierto, es un tema que nos alcanza a todas -. Resulta que como yo soy discípula de ambas y de ambas aprendo, lo primero es que la periodista me pregunta con quién estoy y qué opino de la bronca que se traen; entonces le respondí que yo no iba a contestar eso porque me parece un abuso fomentar la confrontación entre las mujeres. Una cosa es discrepar y otra muy distinta, confrontar. Todavía tenemos la cultura de que, si hay sangre, se puso buena la cosa. Me parece que la política democrática no tiene que ver con *derrotar* y *con vencer*, más bien tiene que ver con *convencer*. Esa es una clave feminista del consenso.

Eliminar la deshonra y el negativismo

Otro capítulo importante es que debemos eliminar la deshonra de nuestras formas de hacer política. En otras palabras, tenemos que eliminar el maltrato a la honra e impedir al maltrato a nuestra honra. La honra es una dimensión simbólica del sujeto que a veces no tomamos

en cuenta pero que es importante. Los hombres tienen tal poder que muy pocas cosas maltratan su honra, incluso cuando son flagrantes delincuentes, opresores, maltratadores, abusadores, su honra puede quedar en buen estado después de pasar alguna crisis. Si no, vean a Clinton. Mantener la honra política era mantener al sistema político. ¿A qué costo?, ¿Millones contra quién? Contra unas mujeres. Simple y sencillamente los hombres y la honra son un tema, pero las mujeres y la honra somos otro tema.

Si en la enemistad algo queda tocado entre las mujeres, es la honra. A las mujeres se nos enseña patriarcalmente a deshonar a las otras permanentemente con la palabra, con las acciones, con el vacío, el aislamiento, la exclusión y el chisme. El chisme transmite capital simbólico, información, estatus, prestigio. Esa es la materia del chisme, darle en la torre a la honra de las personas. Entonces, estamos muy conscientes de que la deshonra es lastimosa para los liderazgos y que no se vale reproducirla entre las mujeres. Al contrario, necesitamos aprender a honrar a otras mujeres sin sentir que estamos perdiendo, sin sentir que nos subordina, que nos quita algo. Eso implica desmontarnos una de las estructuras de poder más duras de la conflictiva política entre las mujeres.

La descalificación como recurso político también forma parte de los aspectos a desmontar. Muchas mujeres al actuar en público y en privado tenemos que enfrentar de antemano una descalificación implícita. Antes de actuar ya estamos descalificadas, antes de hablar, no somos escuchadas. Aun hablando la gente no nos cree, desconfía, desautoriza, desaprueba. Es más, hay quienes son expertas y expertos oídos de mujeres nada más para esperar la pequeña falta, la ausencia, el equívoco, para desautorizar lo que decimos. La lógica es descalificando esto, descalifico todo y te descalifico a ti. Entonces, un recurso importante para favorecer liderazgos afirmados de mujeres, que puedan tener confianza y se sientan seguras, es dejar de descalificar.

El negativismo, también es otra característica a desmontar. Este puede tener muchos orígenes, pero la desautorización, que es uno de los tipos de negativismo, se refiere a la impotencia de género. Es esa carga negativa en la evaluación de lo que hacemos, en que siempre quedamos como insuficientes: algo nos faltó, pudo haberse hecho mejor, se le olvidó esto, dejó aquello. Quien lo haga de la mejor forma posible siempre queda en falta. Fomentar liderazgos de mujeres pasa por evaluarlas con incentivos. No es una aprobación ciega, es una evaluación incentivante, que estimule el desarrollo y no que marque lo que faltó, lo que no se hizo; que promueva y valore lo que se hace, lo que está, lo que se sabe.

Todos éstos son elementos de la cultura política que muchas veces están ausentes en la cultura política entre las mujeres, pero cuando sí forman parte de ella, notamos enormes avances. Mujeres que son calificadas con una mirada positiva son mujeres que desarrollan seguridad en sí mismas. Mujeres que son avaladas en lo que hacen desarrollan confianza y pueden ser más exitosas. En efecto, muchas mujeres han salido de los escombros y verdaderamente son exitosas. Han salido de situaciones hostiles y han avanzado. También sabemos que mientras mejores sean las condiciones, los avances son mucho mayores y sustantivos.

Aprender a disentir

Otra clave fundamental es que necesitamos aprender a ser disidentes y no oponentes. La disidencia es una expresión democrática, pero tradicionalmente estamos acostumbradas a hacer oposición y a ver como oposición a todos aquellos que no piensan igual que nosotras. Bueno, se trata de salir de este esquema y asumir una disidencia importante como género. Disentir de aquello que nos oprime, de los poderes depredadores, de las formas autoritarias y antidemocráticas del poder.

La disidencia de género de las mujeres es un proceso de toma de conciencia que todas hemos experimentado. A veces se inicia como un malestar o una incomodidad porque nos pasan cosas como mujeres. Muchas de nosotras podemos recordar cuando empezamos sentir esos malestares de género, si a lo mejor fue toda la vida o nada más en ciertos momentos, ciertos hitos, ciertas relaciones o ciertas experiencias. Pero, pasar del malestar a identificar de qué se trata, eso es aprender a disentir. No solamente saber que algo me incomoda, que me siento mal y que sufro, sino que eso tiene explicaciones y un sentido que no acepto. Este proceso desarrolla en cada mujer la no aceptación al rechazo, a la opresión personal, a aquello que la daña, y tiene la característica de ser un proceso vital al interior de cada una.

El segundo paso en la disidencia es sentir que una desentona con situaciones, personas, costumbres, tradiciones, mentalidades, con cosas que a lo mejor ayer parecían maravillosas y hoy ya no; con el humor, hasta con las canciones, las películas. Desentona con su mundo más cercano, más importante y más entrañable. Las crisis de disidencia en las mujeres se expresan sobre todo en las relaciones más cercanas. En otras palabras, las crisis de disidencia de género se viven con una gran intensidad y se expresan muy duramente con las personas más cercanas. Ahí se da la conciencia de que algo está mal, que no gusta, que no funciona o que no se quiere con los familiares, las parejas, los hijos, las hijas, las amigas, los amigos, los dirigentes más queridos.

La crisis disidente de las mujeres siempre es una crisis personal, pero a veces nos quedamos encerradas y no sabemos qué hacer con ella; entonces, debemos dar el paso del encuentro entre mujeres para que tenga sentido, para que pueda politizarse y no quedarse en la conciencia como un problema personal de equívoco, de mala suerte, o como decía Simone de Beauvoir, por *"la fuerza de las cosas"*. No se trata de eso, sino de complejas fuerzas sociales que podemos intervenir y modificar. Disentir es aprender a desentonar y no sentirse mal por ello. Pero desentonar pasa por desarrollar el orgullo de género, de ser diferente, de no corresponder con las normas, de no corresponder con los valores hegemónicos, de no ser afín a eso que finalmente nos lastima y nos destruye. Pasar de desentonar mal a desentonar muy bien es un tema que a veces produce mucho sufrimiento en mujeres que se sienten diferentes, que no encajan con nadie, que no encajan con su grupo de amistades, con sus colegas, sus compañeras, que en sus familias no pueden hablar de estas cosas porque "ya va a empezar con lo de los derechos de las humanas". Muchas de nosotras en ese trance podemos ser cooptadas. Por lo tanto, para desentonar bien

tenemos que sintonizar mejor con otras mujeres que están en nuestro mismo trance. Tenemos que buscar afinidad con las personas que viven ese desentone, que son diferentes, que buscan alternativas, que creen en otras cosas, que tiene otros valores; y entonces, tenemos que andar con el radar puesto todo el día a ver dónde están esas personas valiosas.

Las lideresas deben de tener doble radar. Una cualidad importante del liderazgo es poder detectar en los ámbitos donde estemos con quienes podemos sintonizar. Ahora bien, la sintonía del género nunca es total. Eso quiere decir que no busquemos afinidades totales. No busquemos seguimiento ciego como en los liderazgos tradicionales, no busquemos creencias dogmáticas. La sintonía entre nosotras es siempre parcial porque nuestra cultura feminista no es una religión. Es un espacio simbólico práctico-político de vida que siempre está en proceso, en construcción. Por eso no puede ser dogmático y no podemos pretender que la gente crea todo lo que decimos. Puede estar de acuerdo en un aspecto y no estarlo en otro. Los nuevos liderazgos de las mujeres tienen que desarrollar una enorme capacidad para el acuerdo parcial sin dar ni exigir una confianza de fe a nadie. Luego, como las agendas políticas en la perspectiva de género tiene que ver con las agendas políticas de otros sujetos sociales o de otros temas, están entreveradas con las plataformas políticas más impresionantes. Es absurdo pretender que cada persona esté de acuerdo en todo. Entonces una clave de los nuevos liderazgos es asumir liderazgos críticos y conscientes. Los procesos políticos obviamente no pueden ser de incondicionalidad. Tienen que ser democráticos, con discusión, discrepancia y propuesta. Aprender a discrepar con respeto a la integridad de las personas, democráticamente, sin hostilidad, sin beligerancia y hasta sin mal humor es otra capacidad constructiva.

Si queremos comunicarnos entonces no pongamos cara de ogresas. Hay que guardar esas caras para momentos claves de la vida, para usarlas cuando sean necesarias, pero no para la construcción de alternativas con nuestras congéneres. Aquí estamos tratando de construir un espacio de confiabilidad entre nosotras. La confianza entre nosotras es un objetivo, un punto de partida, y también es una clave ética; necesitamos disentir con elegancia. La elegancia es un recurso de los nuevos liderazgos en las mujeres; en otros momentos hemos tenido el recurso del desparpajo porque estábamos objetando las normas, pero nosotras somos objetoras de unas normas y constructoras de otras nuevas. No somos antinormas, estamos por normas que mejoren la vida.

Desarrollar liderazgos incluyentes y convocantes

Como parte del análisis político también es importante tener la capacidad de sumar, tener liderazgos incluyentes y de ampliación. No queremos lideresas excluyentes que van a restar hasta quedarse solas. Por eso es importante que desarrollemos una conciencia y una sintonía muy grandes, y eso solamente lo podemos hacer si tenemos una ética política de convergencia.

Debemos buscar a las personas con quienes coincidimos para hacer convergencias políticas, ya no se trata de tener simplemente sintonía de género sino también con otros intereses, fuerzas e instituciones que no necesariamente están abocados a hacer avanzar a las

mujeres, que tienen otras agendas políticas, pero con quienes podemos encontrar puntos de confluencia. Lo mismo puedo decir para los movimientos de mujeres. Debemos buscar la convergencia entre organizaciones, grupos y corrientes diversas porque hay puntos posibles de convergencia.

A veces en los procesos políticos no hacemos convergencia para afirmarnos, nos distanciamos, nos separamos y cada quien va por su cuenta. Necesitamos incluir como parte de nuestra ética política la búsqueda constante de la convergencia entre mujeres de movimientos, organizaciones, personalidades, grupos e instituciones. Una voluntad renovada cada día para ampliar la convergencia, la forma en que sumamos y convocamos. Esa es otra cualidad de los liderazgos que queremos.

La capacidad de convocatoria implica estar muy conscientes de las susceptibilidades porque no podemos convocar sustituyendo liderazgos o colocándonos en una jerarquía de superioridad del resto de las organizaciones o de las mujeres. Tenemos que aprender a convocar democráticamente porque si no, nuestros liderazgos son aplastantes. Por eso los dos principios más importantes de la convocatoria son: la capacidad incluyente y la búsqueda de la horizontalidad en los liderazgos donde confluyen fuerzas y organizaciones.

Tenemos que aprender a pensar desjerarquizando la estructura política de cualquier cosa que creemos, sea un movimiento, un frente, un colectivo, lo que sea; necesitamos pensar de manera horizontal porque para hacer convergencia tenemos que hacer paridades; tenemos que considerar la paridad entre organizaciones semejantes o entre personalidades semejantes como un recurso político. Con eso podemos evitar muchos conflictos de convocatoria y de participación entre nosotras. Sé que cuesta trabajo pero tenemos que pensarlo. Las veces que lo hemos hecho logramos también grandes y muy amplias convergencias.

Promover el mentorazgo

Necesitamos impulsar algo que en el campo de la empresa se llama *mentoring*, que es la tutoría. En las empresas, que son espacios competitivos, de rivalidades y de vida o muerte, la transmisión del conocimiento se hace a través de varios mecanismos. Uno de ellos es el *mentoring*. En la práctica se trata de que ciertas personas se vuelven tutoras de otras por lo menos en una parte del proceso transmitiéndoles sus experiencias y habilidades, y al hacerlo, les abren el espacio en vez de pelearse entre sí. Esto ha generado muchos avances interesantes en el campo de la empresa de las mujeres y hoy es una de las metodologías estratégicas para fomentar el desarrollo económico de las empresarias que se asocian para lograr un esfuerzo económico, mujeres que hacen micro o mediana empresa. Resulta que en el mercado hay rivalidades tan grandes que las mujeres pelean por sus lugares y no pueden permitir que haya otra junto. Mientras tanto, los créditos se abren solamente para cuatro empresarias y los reconocimientos en el mundo empresarial son para dos. Eso quiere decir que los espacios son compartidos y las mujeres tienen que aprender a compartirlos.

En la política, donde tenemos una mayor tradición de participación, necesitamos otras fórmulas de participación política. He mencionado muchos aspectos, pero ahora se agrega que establezcamos entre nosotras una especie de mentoring entre fundadoras o antecesoras y contemporáneas. Podríamos convertirlo en un mecanismo de filiación política entre mujeres; que cada fundadora o lideresa reconocida tuviera junto a ella durante un tiempo a otra que está aprendiendo, ingresando al espacio, al movimiento, al grupo, y que necesita reconocerla, darle legitimidad y además, aprender de ella. Es un mecanismo doble de legitimar a la que ya estaba y de transmisión de experiencia de la que llega.

En muchos sitios estamos tratando de hacer el mentoring en la política entre las mujeres y ha dado resultados muy buenos. La semana pasada nos juntaron a cuarenta mujeres fundadoras del movimiento feminista, de la ola de los 60, y a cuarenta jóvenes recién ingresadas al movimiento. Hubo una encerrona de una semana para poder hacer un mentoring colectivo, un intercambio de puntos de vista, un relato de las experiencias no competitivo ni como rivalidad, sino al revés. Y ahí cada una de nosotras escogimos a otra para vivir un proceso de enseñanza-aprendizaje durante un año. Un año para estar juntas en lo posible, de convivir, de comentar, de transmitir experiencias directas y no en el espacio político donde nos jugamos el pellejo, sino en un espacio donde estamos juntas, leemos cosas, vamos al cine.

En diciembre nos reuniremos para hacer un primer encuentro dialógico, luego en marzo y durante todo el año 2000. Me parece maravilloso, yo estoy muy entusiasmada y puede ser formidable entre otras cosas, para legitimarnos unas a otras, para aprender. ¡Se imaginan qué voy a ir a aprender con la joven que me tocó! Para mí es un privilegio y una dicha de la vida. No es mi alumna. Somos mujeres feministas tratando de aprender una de la otra. Una que empezó hace más años y otra que va recién llegando a ese espacio. Entonces, el mentoring es una tutoría válida, legítima. Ambas aprenden, comparten y ojalá, hacen una relación entrañable. Además otra cosa, no tiene que haber afinidad política. Ese fue un requisito que pusimos para esta tutoría colectiva. Podemos ser mujeres de distintas opciones políticas y desde luego ya somos de edades, de generaciones diferentes. Esto no es un invento, ha sido un proceso de organización de las mujeres jóvenes y nuestro. La convocatoria fue maravillosamente bien recibida y la idea es hacer esto en todo el país, en cada lugar del país. Queremos enseñarle al mundo que en el tránsito al 2000 tenemos una tradición de la que somos portadoras y nos hacemos cargo. Es una especie de ritual de relevo y simultaneidad porque no nos vamos a guardar. Aquí no hay jubilación más que cuando una quiera irse, pero que prenda la idea y como ahora tenemos redes, la onda es que, si se hace en las capitales de los estados que también se haga en los pueblos, los municipios y los barrios.

Queremos que se instale en la conciencia política de las mujeres como un mecanismo positivo de encuentro, de transmisión, de discusión y de aprendizaje en los espacios tradicionales. Van a decir que estoy importando ideas exóticas mexicanas pero son ideas

que están en el movimiento feminista de todo el mundo. Se están haciendo en muchas partes del mundo.

Volviendo a la idea de los intereses particulares con los intereses comunes esto del mentoring o la tutoría puede funcionar para que estos intereses encuentren explicación y acogida. Pero hay otros puntos, como el de la identificación positiva. Para que los intereses particulares puedan ser intereses comunes tenemos que asumir y reconocer la causa de la diversidad de las mujeres y la diversidad de sus agendas políticas. La agenda política de las mujeres indígenas no es igual a la de las mujeres universitarias. Tienen algunos puntos en común, pero no son las mismas. La agenda política para las niñas es diferente que para las viejas. Mientras creamos que todas tenemos la misma agenda política no podemos hacer de los intereses particulares intereses colectivos, comunes o compartidos, porque lo único que tenemos es un gran techo vacío de contenido. Necesitamos que cada quien despliegue su propia agenda. Entonces, la identificación positiva puede darse si reconocemos y desarrollamos agendas políticas específicas.

Distribuir con equidad recursos y poderes

Algo que no siempre se da en los liderazgos es la distribución equitativa de los recursos de la organización, del movimiento, de la cooperativa, de la empresa. En eso debemos ser extremadamente cuidadosas. Debemos procurar que la distribución de los recursos y de las oportunidades sea equitativa. En la agenda política y pública de las mujeres está la creación de oportunidades, por lo tanto, la agenda interna entre nosotras debe ser equitativa en la distribución de oportunidades. A veces resulta que sólo algunas son las que tienen ciertas oportunidades y otras no, que solamente algunas son las que viajan y las otras se quedan, unas son la que toman cursos y otras no. Todos esos recursos de que disponen los procesos que impulsamos las mujeres, tienen que ser digeridos y aprovechados individual y colectivamente con equidad.

Esto podría ayudar a eliminar muchos resentimientos, muchos sentimientos de injusticia y desigualdad profundos entre las mujeres. También necesitamos distribuir equitativamente los poderes. Para que los liderazgos particulares puedan ser comunes se debe asumir que existen liderazgos simbólicos que pueden permanecer, pero que en ellos solamente podemos aspirar a una permanencia simbólica, es decir, permanecer en la conciencia y en el recuerdo. Podemos ser lideresas por nuestra autoridad, pero no necesariamente ocupar posiciones políticas del liderazgo. En cambio las posiciones políticas de liderazgo necesitan ser limitadas en el tiempo y no permanecer. Existe una diferencia entre ejercer un liderazgo simbólico y ejercer un liderazgo práctico. En estos últimos tenemos que ser rotativas, alternativas, circular el espacio del liderazgo, eso no quiere decir de ninguna forma que perdamos connotaciones de autoridad, consecuencia o confianza.

Ahora bien, actualmente los liderazgos necesitan ser cada vez más especializados porque no podemos ser *todólogas*. Frecuentemente ocurre que las mujeres estamos en la red de violencia, en la de salud, en la de derechos humanos, en la de defensa de las lenguas

indígenas, en la de defensa de los murciélagos que están en extinción en Centroamérica, en todas las redes, y además somos la encargada de no sé que en un partido político y en una ONG. Ahí lo que está pasando en realidad es una superposición de liderazgos, lo cual implica un sobre trabajo y una sobrecarga de vida.

Eso es parte de la llamada *sobremodernidad*, que es un estado de vida de algunas personas modernas que viven en exceso. Es otra categoría del antropólogo Marc Augé. El dice que en la modernidad hay un abuso social sobre ciertas personas, y además hay un sobre empoderamiento de algunas personas. Si aplico el concepto de sobremodernidad al de género, diré que todas las mujeres que realizan doble jornada viven en la sobremodernidad. Viven extensivamente e intensivamente el tiempo. Hay un sobre uso del tiempo porque se hacen actividades simultaneas: estás con el teléfono por acá, con el apunte por allá, y también consolando a alguien que se acaba de caer; o allá estás haciendo un informe, cargando un bebé y contestando un teléfono de emergencia porque el Mitch y pasó algo.

Así es el asunto de las sobremodernas, sobre uso del tiempo; nosotras somos artistas en hacer cinco cosas a la vez, incluso es un desarrollo de capacidades intelectuales enormes. Si ustedes se fijan, cuando algunos señores están hablando y les pasan un papel, se callan porque no pueden hacer dos cosas al mismo tiempo, se equivocan. Nosotras, por la carga terrible que llevamos siempre, hemos aprendido a hacer sobre trabajo, sobre uso del tiempo, sobre uso del cuerpo. Algunas compañeras o nosotras mismas hemos vivido o vivimos procesos en los que se superpone trabajo y también liderazgos. Entonces, necesitamos reconocer que eso nos daña, que ahora ya no somos tan pocas sino muchas, que queremos ser más pero no podemos si convocamos a un espacio que está ocupado. Necesitamos dejar de acumular liderazgos. Podríamos hacer una fiesta de año nuevo y decir con qué liderazgo me quedo, y elijo uno.